ENTREVISTA

El Islam entre París y Washington. Tensiones del Desorden Global

(Entrevista con Sami Naïr)

ZUZANNA NOVAK*

La entrada de los talibanes en Kabul, en septiembre de 1996, y la consiguiente imposición de una lectura ortodoxa del Corán pareció confirmar las predicciones de que el Islam es un enemigo irreconciliable con la tradición secular. Las duras medidas para desplazar a las mujeres de los puestos de trabajo y el acceso a la educación, a la vez que la destrucción de símbolos culturales identificados simplificadoramente con Occidente, como el cine y la televisión, llamaron poderosamente la atención de los medios de prensa.

Desde que finalizó la Guerra Fría diversos analistas han subrayado que el Islam es el mayor peligro para los valores y el modelo de organización social denominado occidental. Una tradición de siglos de pugnas religiosas se cruza con el renacimiento de movimientos radicales islamistas en un arco que va desde Gaza hasta Argelia, pasando por Bosnia y Sri Lanka. Al mismo tiempo, el «moro», el «infiel», el «otro» se torna más visible a través del fenómeno de las migraciones. Una tradición histórica de tensiones pasa, de este modo, a complementarse con el temor a que los inmigrantes roben puestos de trabajo o modifiquen los valores seculares.

En 1993 el catedrático de Harvard Samuel Huntington lanzó su idea de que las confrontaciones en el fin del siglo XX no serán entre Estados sino entre culturas y civilizaciones.[1] En su breve ensayo propuso indirectamente una revisión de los principios del realismo en las relaciones internacionales. Según esta escuela, las relaciones entre los Estados se basan en un inestable equilibrio de poder. Esta tradición, que está encarnada por una serie de teóricos desde Maquiavelo hasta Henry Kissinger, es reformulada por Huntington de forma conservadora: los Estados desaparecen como agentes esenciales, pero EE.UU. emerge como potencia líder del mundo occidental que debe preservarse de ideologías y religiones ajenas.

Su teoría recibió duras críticas y refutaciones. Algunos autores mostraron cómo los alineamientos políticos de los movimientos y Estados islamistas no coinciden necesariamente con estar frente a Occidente.[2] Otros consideraron que era un intento de volver sencillo un mundo complejo haciendo una extraña amalgama y «dudosas conexiones» entre religión, cultura, civilización, Estado y conflictos.[3]

En este debate sobre el Islam y el orden in-

---

* Zuzanna Novak es periodista polaca, especializada en cuestiones internacionales.

ternacional de la posguerra fría, Sami Naïr es una figura destacada. Catedrático de ciencias políticas en la Universidad de París VIII, presidente del Instituto Europa-Magreb y del Instituto de Estudios e Investigaciones Euromediterráneas (ambos en París), autor de *Le différend méditerranéen*, *Mediterráneo hoy* (Barcelona, Icaria, 1995) y el estudio sobre la crisis argelina *En el nombre de Dios*, Naïr se ha caracterizado por analizar el Islamismo de una forma matizada, pero en la que pone por delante los valores universales de la Ilustración, encarnados desde su punto de vista por Francia, sin olvidar las características específicas de la tradición islamista. Su conocimiento de los valores culturales y políticos, tanto del mundo árabe como del occidental, le permiten buscar una síntesis crítica de ambos.

La periodista Zuzanna Novak ha entrevistado a Sami Naïr para buscar pistas acerca del problema del Islam, de la confrontación de visiones del mundo, las tensiones entre EE.UU. y Europa alrededor de la región mediterránea, el proyecto europeo de la Conferencia Euromediterránea, las migraciones, las transiciones hacia la democracia en Europa Oriental y el mundo árabe. La entrevista con Sami Naïr fue publicada con modificaciones en *Gazeta Wyborcza*, que dirige Adam Michnik, y que ha cedido los derechos a nuestra revista, la cual la publica íntegramente.

En la realización de esta entrevista colaboró Mariano Aguirre, del Centro de Investigación para la Paz (CIP) y miembro del Consejo editorial de nuestra revista, y Carolina Ortiz, del mismo Centro en la edición y transcripción.

Pregunta. Después de la caída del muro de Berlín dejó de existir el comunismo, enemigo tradicional de Occidente. ¿Considera que ha sido sustituido por el Islam radical?

Respuesta. Es una pregunta difícil. En primer lugar, preferiría eludir la división entre Occidente y Oriente. Deberíamos, más bien, hablar de las fuerzas dominantes y de los países dominados. Así, desde el punto de vista de las primeras, y concretamente EE.UU., los países no integrados, que rechazan la dominación de Washington, aparecen como el nuevo «enemigo». Antes el enemigo se encontraba bien definido, era el comunismo. Ahora son los países e ideologías que no quieren someterse.

En segundo lugar, me parece que el momento en el que se produjo la sustitución de un «enemigo» hacia el otro no ocurrió con motivo de la caída del muro de Berlín, sino con la Guerra del Golfo. Todavía más, el tradicional mundo islámico, el más importante, o sea, los países conservadores como Arabia Saudí, las monarquías de la región del Golfo, el Magreb (particularmente Marruecos), e Indonesia, el país islámico más grande del mundo son, precisamente, aliados de EE.UU. Así que actualmente los países adversarios de EE.UU. son Irán y los movimientos llamados integristas.

* * *

P. En la opinión pública, en general, predomina la idea de que el integrismo islámico es la amenaza fundamental, sobre todo para Europa, y especialmente a través del terrorismo.

R. En realidad fue precisamente en EE.UU., en el seno del Pentágono y del Departamento de Estado donde nació la idea de la «amenaza» por parte del Islam. Y la vistieron en palabras de intelectuales, como Samuel Huntington. Según ellos, el enemigo de EE.UU. es Irán. ¿Por qué? Básicamente porque EE.UU. no controla el petróleo de este

país. No hay movimientos integristas más radicales que los de Arabia Saudí. La teoría de Huntington, según la cual el mundo actual no está dividido en dos bloques políticos sino en civilizaciones —y unas son mejores y otras peores, como se sobreentiende—, no es nada más que la forma intelectual del nuevo imperialismo cultural.

Según entiendo, los países islámicos, o sea, los que pertenecen a esa civilización peor, nunca aceptarán esas teorías. Hay varias culturas, pero la civilización es la misma: el capitalismo que domina a nivel global. Y los islamistas son, desde este punto de vista, los liberales económicos.

* * *

P. ¿Está usted de acuerdo con la teoría sostenida por varios intelectuales, entre ellos Fatima Mernissi, según la cual fue EE.UU. el país que apoyó económicamente el desarrollo del integrismo islámico?

R. EE.UU. tiene como único objetivo la estabilidad en las regiones que le interesan, aquellas que desea dominar. Así, por ejemplo, apoya el integrismo argelino que, como es sabido, es un movimiento terrorista y fascista. El único país que reconoce al FIS (Frente Islámico de Salvación) argelino es EE.UU. En Washington existe casi oficialmente la representación diplomática del FIS. En Egipto, por otra parte, que es un país totalmente dominado por EE.UU., el integrismo es tratado como terrorismo. O sea, que los terroristas argelinos son considerados interlocutores mientras que los integristas egipcios son meramente terroristas.

Estas diferencias se deben a varias razones. Primero, porque Argelia no está totalmente sometida a EE.UU. y se encuentra más bien vinculada a Europa, sobre todo a Francia. Segundo, porque en Argelia el petróleo juega el papel primordial, lo que no sucede en Egipto. Apoyando a los integristas argelinos, EE.UU. no quiere cometer el mismo error que cometió a fines de los años setenta en Irán, cuando no apoyó al Imán Jomeini (en su lucha contra el Sha Reza Pahlevi) y, en consecuencia, perdió totalmente su influencia.

Europa entre el Este y el Sur

P. ¿Por qué EE.UU. tiene tanto interés en el mundo árabe?

R. Porque gracias a la dominación de aquella región refuerza su posición como la mayor potencia mundial. De aquí la idea del nuevo «enemigo», pronunciada por el ex secretario general de la OTAN, Willy Claes (en febrero de 1995).

* * *

P. Parece que la región mediterránea continúa siendo el terreno de la lucha por las influencias, de un lado de Europa y, del otro, de EE.UU.

R. En el pasado la región mediterránea, sobre todo su parte oriental, fue el terreno de lucha por el dominio, en el más estricto sentido de esta palabra, entre EE.UU. y la ex

URSS, especialmente en el conflicto palestino-israelí. Ahora este conflicto no está solucionado pero se encuentra en cierta forma congelado.[4] ¿Por cuánto tiempo se mantendrá esta situación? Realmente no lo sabemos. Pero una cosa es cierta, hoy en día EE.UU. es el único jugador en este juego. Washington decide sobre todo, por ejemplo, si quieren que Israel firme el tratado de paz, Israel lo firma. En los últimos meses tuvimos la oportunidad de observar la postura de EE.UU. frente a la agresión de Israel a Líbano y el enfrentamiento causado por ello entre la diplomacia francesa y la estadounidense.[5]

La situación en la parte occidental de la región, en el Magreb, en cambio, es muy distinta, porque allí los países están tradicionalmente sometidos al dominio europeo y, concretamente, de Francia.

Pienso que después de la Guerra del Golfo, EE.UU. tiene en aquella región objetivos estratégicos propios, tanto económicos como políticos y militares, sobre todo en Marruecos. Este país es una especie de base de la estrategia estadounidense en el Magreb. Las pruebas son numerosas. Por ejemplo, el progresivo clientelismo que tienen las élites intelectuales y universitarias marroquíes de EE.UU.

* * *

P. ¿Cómo se manifiesta este clientelismo?

R. Por ejemplo, incitando a numerosos marroquíes a participar en las fundaciones estadounidenses, invitándoles a las universidades de EE.UU. Actualmente Washington negocia con el ministerio de Educación marroquí la creación de una universidad estadounidense en Marruecos.

* * *

P. Sin embargo, eso no demuestra necesariamente un intento de dominación en la región...

R. Pero es una de las formas más importantes de influir en las élites de un país. No obstante, mucho más significativo fue el hecho de que EE.UU. convocase la Conferencia de Casablanca en 1995. Esta Conferencia fue organizada por EE.UU. y Marruecos, con la participación financiera de Israel y Arabia Saudí.

Francia y los demás países de la Unión Europea no participaron, y como respuesta convocaron la Conferencia Euromediterránea de Barcelona. Cuando el país anfitrión de esta última, España, preguntó a los demás organizadores si querían invitar a EE.UU., Francia se opuso rotundamente. Desde París se consideró que EE.UU. es la potencia militar con la que Europa está integrada, pero las influencias económicas en la región mediterránea son asuntos de Europa.

Vemos, por lo tanto, que el Mediterráneo (considerada de una forma extendida que incluye a Oriente Medio) es una región de confrontaciones y conflictos reales, en la cual se reflejan prácticamente todas las contradicciones del mundo contemporáneo. La franja sur de esta región es la más rica del mundo, sobre todo por el petróleo, que permite el financiamiento del sistema monetario mundial.

* * *

P. ¿Existe también una competencia dentro de Europa por la región Mediterránea?

R. Diría más bien que existen, en el marco de la construcción europea, dos corrientes de interés en la UE: una mira hacia el Este de Europa y tiene a Alemania como líder; otra se dirige hacia el Sur, y está liderada por Francia.

* * *

P. ¿O sea que Europa no tiene una visión común de la política exterior, tanto si se trata de la región mediterránea, como de Europa central y oriental?

R. Se puede decir que sí. Por ejemplo, durante la Conferencia de Cannes, en 1995, Alemania no quiso aceptar el presupuesto previsto para ayuda a los países del Sur del mar Mediterráneo. Eso no quiere decir que exista una confrontación, sino diferentes puntos de interés. Alemania, por un lado, quiere ampliar la zona de influencias hacia el Este, y Francia, por otro, está más interesada en el Sur.

* * *

P. ¿Se puede deducir de sus palabras que, salvo Alemania, nadie está interesado en la ampliación de la UE hacia el Este?

R. Lo diría de otra manera. Ahora el proceso de la construcción de la nueva Europa está «congelado», y la prueba de ello es la Conferencia en Turín. Las causas son múltiples: la moneda común y los criterios de convergencia, falta de una visión política común de la UE, entre otros factores. Además, como solía decir Napoleón, cada país configura su política de acuerdo con su situación geográfica.

Francia está tradicionalmente interesada por el Sur y Alemania por el Este, es algo natural. Sin embargo, el problema principal para Europa no está en los «intereses geográficos» sino en la relación entre Francia y Alemania. Si el eje franco-alemán es fuerte y estable se podrá construir una política clara y coherente hacia el Este y hacia el Sur. Pero las relaciones entre estos dos países están en una fase de crisis. En 1997 ni Francia ni Alemania serán capaces de afirmar: «hemos cumplido con los criterios de convergencia». Es sabido, también, que la crisis en las relaciones franco-alemanas se debe a cuestiones comerciales y a otras políticas comunitarias. De hecho, la única política común de la UE realmente existente es la agraria.

No se puede avanzar en la construcción de la nueva Europa sin resolver antes estos problemas. Según las élites financiero-bancarias, solamente la moneda única permitirá superar estos problemas, ya que provocará que los países de la UE sean obligados a adoptar la política común, a superar todas las contradicciones internas. Esta teoría, sin embargo, es falsa. Es más, pienso que la política monetarista provocará más aumento de las tensiones nacionalistas xenófobas.

La dimensión mediterránea

P. Volviendo a su política mediterránea. Escuchándole podemos tener la impresión de que esta política no existe. ¿Y la Conferencia de Barcelona?

R. Esa Conferencia fue, de hecho, un símbolo, un intento de definir la estrategia política de Europa frente a la región. Por primera vez en la historia de la región mediterránea, y quizás en la historia del mundo, todos los países mediterráneos, con excepción de Libia y los países de la ex Yugoslavia, se reunieron para elaborar una política común.

* * *

P. Sin embargo, desde el punto de vista de los países de la ribera sur del Mediterráneo, la política de estos países frente a Europa, ¿no parece más una larga lista de exigencias a cambio de una vaga promesa de frenar el terrorismo y la inmigración ilegal?

R. No, los países del Sur no utilizan ninguna forma de chantaje, si es lo que usted quiere decir. Ellos, simplemente, necesitan dinero. A cambio están dispuestos a todo, tanto Marruecos como Argelia o Egipto aceptarán prácticamente lo que se les exija con tal de obtener la ayuda del Norte.

El terrorismo y la inmigración dependen exclusivamente de los políticos de los países del Sur. Si estos países fueran capaces de integrar sus sociedades (pueblos), crear unas condiciones para una existencia humana, no habría inmigración ni terrorismo. La gente no emigra por el placer de emigrar. Emigra porque no tiene otra solución.

El problema del terrorismo es, en cambio, un problema político. Para frenar este fenómeno los países del Norte deberían crear una política común, junto con los países del Sur. Un buen ejemplo de ello fue la Conferencia de Seguridad y Cooperación Mediterránea. Desgraciadamente, esta idea murió después de la Guerra del Golfo. Europa debería crear su propio sistema de seguridad, junto a los países postcomunistas y el sur mediterráneo. El terrorismo no sólo es una amenaza para el Norte, es peligroso también para el Sur. Una solución de esta situación sería el reconocimiento de los derechos de las minorías de estos países.

Igual que en el caso de la inmigración, el terrorismo no es un fenómeno abstracto, fuera de la realidad. Tiene sus raíces en la situación social y política. Hay que crear las condiciones con el fin de que la gente no tenga que coger las armas para luchar por sus derechos. Por eso, la única solución de este problema es la democracia. En los sistemas democráticos el terrorismo no es un fenómeno social, es un crimen. En Argelia, por ejemplo, el 75 % de la población son gente joven. La mayoría de ellos no tiene trabajo, vive al margen. ¿Qué solución tiene esta gente? Personalmente soy contrario al terrorismo, pienso que es la peor barbarie de nuestros tiempos, pero no podemos olvidar cuáles son sus verdaderas raíces.

* * *

P. Entonces, ¿usted no cree que las «amenazas» por parte del Islam son un hecho real?

R. Eso depende de cómo definamos la palabra «amenaza». Si entendemos por ello el peligro militar, entonces pienso que es una falsedad y manipulación, que sirve de tapadera para las tendencias bélicas de los países europeos. Y, en cambio, si bajo este término entendemos la amenaza social, diría que es verdad. La pobreza siempre es una amenaza para la riqueza. Y en el Mediterráneo no se puede construir un «muro de Berlín».

El integrismo islámico, el terrorismo, no son otra cosa que el producto de la miseria, creciente cada vez más en la región. En este sentido, sí que existe una amenaza real, pero no es la amenaza por parte de los países del Sur, sino la pobreza que allí reina. No olvidemos que tras los emigrantes del Magreb vendrán en busca de una vida mejor los demás habitantes de África. Europa nunca podrá vivir tranquilamente si no resuelve este problema. La amenaza económica del Sur no se lo permitirá.

* * *

P. Frente a los peligros, ¿qué estrategia tiene, si es que la tiene, la Unión Europea?

R. A nivel mundial esta estrategia se basa en las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI), que funciona como el gran banco internacional. La política de esta especie de banco tiene unos efectos que influyen de una manera muy negativa sobre los países que son sus supuestos clientes: provoca el desempleo, la huida del campo hacia las ciudades, desestabilización de las políticas sociales, entre otras medidas. Esa política provocó durante los últimos treinta años la destrucción de todos los programas sociales, no solamente en los países mediterráneos, sino en todo el mundo. El intento de integrar a los países del Sur del Mediterráneo en este sistema provoca únicamente el incremento de las crisis sociales, y, en consecuencia, el aumento de las tendencias integristas radicales.

Desgraciadamente, en aquellos países no existen los movimientos socialdemócratas que podrían constituir el contrapeso a esas tendencias. Allí solamente existen los regímenes déspotas, feudales, de carácter militar.

* * *

P. ¿Es el Islam, como religión y civilización, en la que una misma persona puede desempeñar el papel de jefe de Estado y de líder religioso, compatible con la democracia?

R. El Islam radical propone un concepto de vida basado en la comunidad, la solidaridad, la ayuda mutua y la igualdad. Ofrece lo que necesitan los pueblos que viven en regímenes déspotas. Paradójicamente el Islam juega hoy el mismo papel que el marxismo-leninismo en las sociedades de los primeros tiempos del capitalismo. Al mismo tiempo, el Islam es la ideología de la contestación y la promesa de un futuro mejor. Es una contestación frente a la ideología occidental, consumista, la cual afirma que lo que más importa es el dinero, el mercado libre.

* * *

P. Pero son precisamente los países de la región mediterránea los que desean unirse a este mundo occidental. Una de las conclusiones de la Conferencia de Barcelona fue la propuesta de crear en el año 2010 la zona de libre comercio en la región.

R. De acuerdo, pero a mí personalmente no me interesa la entrada en este sistema si eso significara la creciente destrucción de las sociedades islámicas. La entrada a este mundo sí, pero a condición de que se basara en el intercambio, en la mutua aportación de unos valores nuevos. El sistema basado en el FMI beneficia únicamente a las élites financieras. Se comprueba, entre otras formas, con las huelgas en Francia o Alemania. El problema no está en rechazar el capitalismo como tal. En cuanto a esto no hay ninguna duda. Nadie quiere la vuelta del comunismo. El problema está en que el sistema capitalista no beneficia a las sociedades.

Los desafíos globales de la democracia

P. Volviendo a mi anterior pregunta, ¿es el Islam compatible con la democracia?

R. En primer lugar, no querría expresarme en nombre del Islam. Solamente soy un observador, por supuesto que simpatizante del mundo islámico. En mi opinión, la democracia tal y como está ahora vive una profunda crisis.

* * *

P. Pero, parece que las crisis son un fenómeno intrínseco de la democracia...

R. Evidentemente, la democracia se basa en la búsqueda de soluciones. Pienso que el sistema financiero actual constituye una amenaza para la democracia ya que provoca las protestas de las sociedades que son sus víctimas. En mi opinión la democracia no es un conjunto de dogmas, sino que da el derecho a buscar caminos propios y respuestas; por ejemplo, la democracia francesa es totalmente distinta de la democracia británica. Cada país tiene derecho a buscar su propio camino dentro de la democracia. En este marco debe existir un lugar para varias culturas, civilizaciones y religiones. Me gustaría que la democracia en el mundo islámico no significara el crecimiento de la pobreza, desigualdad de las capas sociales, sexos o razas. La democracia es compatible con el Islam. Y éste no es una religión dogmática, y no se puede confundir el Islam con el integrismo. El integrismo es una variante fascista del Islam que se aprovecha del descontento social. En los países del Norte hay demócratas cristianos, ¿por qué no pueden existir los demócratas islámicos? Recordemos que fueron los católicos quienes mataron a los judíos; los musulmanes sabían vivir con ellos en simbiosis, el mayor ejemplo de ello es España.

* * *

P. ¿Puede Europa central, y en particular los países ex comunistas, servir de ejemplo a los países islámicos en su transición hacia la democracia?

R. Pueden ser ejemplo, tanto positivo como negativo. El modelo positivo puede ser, por ejemplo Polonia, que supo de una manera pacífica recuperar la independencia. Me refiero a la etapa heroica de la «solidaridad». Aquel proceso de transformaciones tuvo una gran repercusión en los países del Magreb, sobre todo en las élites intelectuales. En Argelia, por ejemplo, entre los años 1989-92 existió un movimiento social que se refería directamente a la «solidaridad».

Por otro lado, el modelo negativo, una advertencia, puede ser la precipitación con la cual los países ex comunistas entraron en el camino de un capitalismo que podemos llamar salvaje. En consecuencia, en todos los países de Europa central y del Este llegaron al poder los partidos socialdemócratas. El problema reside ahora en construir un modelo de democracia moderno. En el Sur, en cambio, estamos frente a otro problema; allí nunca hubo una verdadera clase obrera, casi no existe la clase media. El sistema comunista, totalitario, produjo el empobrecimiento de las sociedades, pero —a excepción de algunas regiones— no destruyó por completo la estructura social. En el Sur, mientras tanto, las élites gobernantes están totalmente separadas de sus sociedades y vinculadas con las élites financieras, concentraron el poder de una manera casi totalitaria. A pesar de todo ello, pienso que los países ex comunistas sí pueden constituir un ejemplo para los países del Magreb. La transformación de los PECOS es la única vía para pasar de la dictadura a la democracia.

Después de la caída del muro de Berlín, después de la Guerra del Golfo, el problema de la democracia, una vez más, empezó prácticamente a ser el problema número uno. Los países del centro y Este de Europa iniciaron aquel proceso, les siguieron los países de América Latina. Asia es otro tema, aunque allí también estamos frente a un proceso paulatino de democratización. Y queda todavía un continente «incógnito», o sea, África, los países musulmanes y los países subsaharianos. Y este problema no tiene nada que ver con las diferentes culturas o civilizaciones, sino con el proceso de la integración de aquellos países a las estructuras internacionales de carácter global.

* * *

P. ¿Cómo ve el futuro de países de la ribera sur del Mediterráneo?

R. Personalmente soy pesimista. Actualmente estos países viven una profunda crisis de sistemas políticos surgidos en los años cincuenta y sesenta. Pienso que este proceso se profundizará y no creo que Europa sea capaz de crear en esta región un ámbito de «solidaridad» y cooperación durante los próximos años, al igual que en Europa del Este. Pienso que estaremos frente al crecimiento de conflictos y tensiones en la región mediterránea, unido a la ola de inmigraciones, principalmente del África negra hacia el Norte. El conflicto en Argelia no tiene posibilidades para una solución rápida. Marruecos, por su parte, después del rey Hasan II seguirá desgraciadamente los pasos de Argelia. Estoy seguro de que si mañana se convocaran unas elecciones democráticas en Argelia los islamistas radicales obtendrían la mayoría absoluta. Aquellas tendencias dominan en todas las capas sociales. Por ello, el Norte debería hacer todo lo posible para apoyar a las fuerzas democráticas de aquellos países. Es la única solución, aunque tengo graves dudas de si esto se puede realizar.

NOTAS

1. Samuel Huntington, «The Clash of Civilizations», *Foreign Affairs* (septiembre-octubre 1993), pp. 22-49.

2. Dan Smith, «¿Por qué han de chocar las civilizaciones?», *Papeles de Cuestiones Internacionales*, n.º 52 (1994), pp. 25-36; Edward Mortimer, «Kabul Confusion», *Financial Times* (9 de octubre, 1996).

3. Stanley Hoffmann, «The Politics and Ethics of Military Intervention», *Survival*, vol. 37, n.º 4 (invierno 1995-1996), p. 32.

4. Esta entrevista fue realizada antes del estancamiento en las negociaciones del proceso de paz que se precipitó en el otoño de 1996.

5. Esta entrevista fue realizada en mayo de 1996, antes que se estancase el proceso de paz con motivo del triunfo de Benjamin Netanyahu, del Likud, y las medidas contrarias a la negociación que ha ido adoptando. Las diferencias entre Washington y París que menciona Sami Naïr se han acentuado desde entonces. Durante la crisis de Líbano, EE.UU. e Israel le negaron a Europa un papel en las negociaciones. Pero en octubre de 1996, durante una visita a Israel, el primer ministro Jacques Chirac se manifestó críticamente hacia Israel y en favor de la existencia de un Estado palestino.